

CÓDIGO

ARTE—ARQUITECTURA—DISEÑO
MODA—ESTILO

ESPECIAL DE DISEÑO

JUNIO—JULIO 2014

MX \$65.00
USA \$ 8.99
€ 9,90

81

EN ESTA EDICIÓN

Suplemento de relojes

5 tendencias del diseño contemporáneo ^{p-11}

— Sustentable, 3D, Colaborativo, Digital, Hazlo tú mismo

Pallasmaa ^{p-74}, Weerasethakul ^{p-78}, Beltrán ^{p-82}

— Entrevistas



81
0 1040232 769580
05-AGOSTO-14



1 Diseño sustentable, la difícil misión imposible

POR CAROLINA MUZI

La palabra sustentable se ha utilizado para describir una conducta bienintencionada de los diseñadores contemporáneos. Pero, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de él? Y, mejor aún: ¿qué caminos debemos tomar para hacer de esta disciplina un medio efectivo para resolver las problemáticas de las sociedades actuales?

Como las barajas luego de mucho juego, las palabras también se gastan. Ocurre, curiosamente, con sustantivos o adjetivos cuyos significados adquieren fuerza conceptual a propósito de la época. Aunque todavía no se sepa muy bien qué es, la palabra *sustentable* circula sin freno: como mandato instalado de pura urgencia o como prefijo/sufijo que está bien adosar porque se supone que es... «algo bueno».

Para que semejante movimiento no erosione su sentido ni, mucho menos, las posibilidades de aplicarlo desde distintas disciplinas, conviene ponerse de acuerdo acerca de qué hablamos cuando hablamos de sustentabilidad. Sobre todo porque el diseño sustentable tiene mucho por recorrer en el siglo XXI: debe repensar casi todo lo que produjo la cultura material en los últimos 225 años con la inercia propia de la Revolución Industrial para replantearlo bajo nuevas coordenadas. Ni más ni menos.

Para calibrar su importancia vale la pena refrescar información dura: el 80% del impacto ambiental de los productos, servicios e infraestructuras que nos rodean se define en su etapa de diseño (*Annual Review 2002* del Design Council). Así, las decisiones que toman los diseñadores dan forma a los procesos ocultos tras los

productos que usamos, los materiales y la energía que se requieren para fabricarlos, la manera en que operamos con ellos en nuestra vida cotidiana, y lo que les ocurre una vez que ya no los necesitamos. «Quizá no era nuestra intención, quizá lamentamos el curso que han tomado las cosas, pero lo cierto es que nosotros mismos hemos diseñado el camino hacia los problemas que hoy en día debemos enfrentar», señala el filósofo inglés John Thackara.

En ese camino de retorno (posible y a nuestro alcance) la gente debería comprometerse en sus hábitos cotidianos a través del consumo responsable y el descarte ídem. Y en esos actos, que algún incauto pudiera tildar de mínimos, está el diseño. Por ejemplo, proyectando composteras para que nadie tenga excusas, aun viviendo en departamentos urbanos, para reducir su basura y devolver los restos orgánicos a la tierra. Un tema típico de concursos para estudiantes universitarios, sobre todo en América Latina (en Argentina, Nicolás Peschiutta y María Paula presentaron un proyecto mayor del Área de Ecología Industrial y Extensión del Centro Regional Córdoba para compostaje domiciliario que pueda incluirse dentro del espectro de soluciones posibles para Residuos Sólidos Orgánicos Domiciliarios), que también

son encargados a diseñadores profesionales, aunque muchos optan por poner sus diseños en las librerías de marcas del anti *copyright*.

Entre los desechos no orgánicos hay un elemento de consumo global ultramasivo que nadie cree que pueda ser una fuente poderosa de rehúso: los chicles. Sí, la goma de mascar. En Gran Bretaña el diseñador David Wesson fue uno de los precursores de esta idea con *gummybin*, un display que se instala en la vía pública para que los usuarios tiren sus chicles que luego son tratados con un proceso de criogenización para hacer alfombras de goma de caucho de alta densidad, las mismas que se usan en los laterales de las canchas de fútbol.

Echando mano de uno de esos ejemplos que suelen esconderse detrás de los tabúes también se puede mencionar el famoso *moon cup* (1930), un tampón ecológico de látex que además de ahorrar millones de toallas íntimas diarias, es más higiénico.

La accesibilidad en las grandes ciudades y las expresiones locales de comercio justo a nivel global son otros problemas a los cuales el diseño debe responder (se puede mencionar en el primer caso un destacado ejemplo con la argentina Diana Cabeza, que conquistó el espacio público regional, de Europa y Japón).

En América Latina el diseño puede potenciar a los artesanos vernáculos a través de una estructura que les permita maximizar su rédito, ligado al uso de materiales y técnicas nativas. El caso de la ONG Artesol, en Brasil, es emblemático.

En este punto es válido retomar la posibilidad de un acuerdo en torno a la sustentabilidad en el diseño, porque mucho se está haciendo pero tanto más se está diciendo. En 1987 en «Nuestro Futuro Común», incluido en el Informe Brundtland de la Comisión Mundial sobre el Desarrollo del Medio Ambiente y el Desarrollo de la ONU, se menciona al respecto: es «aquél que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las futuras generaciones para satisfacer sus propias necesidades».

Así, se entiende el diseño sustentable como un concepto relacionado con el ambiente, pero también con la economía y lo social. ¿Cómo sostener un modelo de desarrollo productivo sin comprometer el entorno y revertir la pobreza y la vulnerabilidad de la población? Analizando la producción industrial. En Argentina, por ejemplo, existen enfoques sustentables parciales, como los emprendimientos de cooperativas y fábricas recuperadas tras la crisis de 2001. De esta manera, podemos

